

los cuales ya intuyó como no deseados ni deseables y que, sin embargo, sucumbió a su hechizo o se dejó vencer por su fuerza o insistencia. En otros casos no fue así, y la vida torció su rumbo dejándola aislada, fuera del cauce principal, o varada en la arena. Mas pensaba que todas estas disquisiciones no pasaban de ser pobres excusas en su intento de justificar lo no deseado, lo no querido, lo no entendible.

Era consciente de que, a estas alturas de su vida, ya había caminos definitivamente lodados, irrecuperables, y que no merecía la pena perder fuerzas ni tiempo en lamentaciones. Pero no todo era así y por eso se esforzaba en entender los mensajes que llegaban hasta ella, esas intuiciones o sensaciones que no sabía dónde situarlas en su origen ni, a veces, en su objeto, pero que se resistía a pensar que fueran meros frutos de sus aprensiones y neurosis. Había algo, estaba segura, y algo le quería decir. Pero qué era esa fuente de interpelación y, sobre todo, qué quería decirle para orientar sus pasos en el futuro. Esa era su pregunta en el presente y, pensaba, la que le ocuparía parte de su tiempo en el futuro.

Así sería, como después pudo comprobar, pero en esos días nada más urgente que mantener la calma, recuperar el silencio, volver a ser esa persona paciente con la que se sentía identificada y aspiraba a ser en su tiempo de madurez. Pero está claro que no siempre nuestros ritmos preferidos son los que marca el reloj vital y, sin posibilidad de discusión, son estos los que se imponen, por lo que es de sabios concentrar las energías en adaptarse a ellos y cuadrar los impulsos en los ciclos productivos.

Ese fue el intento, y a pesar de que las voces perturbadoras continuaron existiendo con distinta intensidad según los momentos, ella logró ir negociando una paz tan relativa como necesaria para consolidar su camino y recoger, flor a flor, como si de azafrán se tratase, las que iban madurando en su campo labrado y primorosamente cuidado, defendido de las inclemencias y los ataques externos, siempre al acecho y prestos a dejar su marca de destrucción y muerte.

Llegaron tiempos mejores, también los hubo de los no deseados, y en la atalaya de los días, el regusto nunca estuvo limpio de reflejos, pero la imagen que quedó impresa en su memoria, y en la de los que la conocieron, estaba iluminada por una luz especial, esa que impone la constancia, el empeño de cada minuto y la ilusión esperanzada.

Las voces siguieron existiendo, siempre, pero fueron modulando su intensidad, su tono y, lo que era más importante, el contenido de su mensaje, más próximo al aviso y el reconocimiento que a la admonición o la amenaza.

Tal vez sea suficiente con eso para dar por merecida y lograda una vida, pensó, mientras seguía caminando.

**Esteban Rodríguez Ruiz**